

CONFERENCIA XXIII

LA CONFESIÓN

1. **La parte más divertida de la historia de la enfermedad del hombre.**—Una obra que se propone describir la dolencia de la humanidad, no debe pasar en silencio uno de sus principales síntomas; las modas y los adornos.

Hasta los hombres más incrédulos confesarán tal vez que, en esta materia, se inclinan á admitir la existencia del pecado hereditario. Pero que las mujeres sigan leyendo con toda tranquilidad; ellas también tendrían razón si respondiesen que están convencidas del pecado hereditario por lo que desde hace mucho tiempo se dice de los hombres. Ciertamente, poco tenemos todos que replicar cuando se nos reprocha en lo relativo á la debilidad humana; por eso no queremos ofender á las mujeres, como no es nuestra intención lisonjear á nadie.

Declaramos, pues, que, en lo concerniente á esta cuestión, los hombres están demasiado propicios á dirigir diatribas y censuras á las mujeres; pero también decimos, con toda nuestra energía, que el sexo femenino, si considera bien su responsabilidad en este punto, debe encontrar motivos bastantes para admitir con más calma y con un poco de espíritu de penitencia aquellas acusaciones y reprimendas, sea que las hagan los hombres en general, ó especialmente los predicadores.

No es adulación á las mujeres, sino la verdad la que nos impone la afirmación de que los hombres no son en esta materia tan inocentes como pretenden. ⁽¹⁾ Sin exceptuar á las mujeres de la acusación, decimos tan sólo que, en ese

(1) Clem. Alex., *Pædag.*, 3, 3. Tertull., *Cult. fem.*, 2, 8.

punto, los hombres son también bastante culpables. Los filósofos griegos ⁽¹⁾ y los antiguos alemanes ⁽²⁾ no pasaron ciertamente menos tiempo en cuidar su barba y su cabellera, ondulante como las melenas de los leones, que las damas griegas y las romanas, ⁽³⁾ ó las de la Edad Media ⁽⁴⁾ en su peinado. ⁽⁵⁾ Ya los tracios, ⁽⁶⁾ los ilirios, ⁽⁷⁾ los bretones, ⁽⁸⁾ consideraban, lo mismo que todavía hoy los indios y los miembros de la alta aristocracia en Inglaterra, como supremo ornamento de un noble ó de una dama distinguida el tatuaje artístico. Inútil sería hablar más acerca del tiempo y de los cuidados que ciertos señores emplean en esas para ellos agradables molestias.

Los salvajes celtas se presentaban en público tan llenos de joyas como sus mujeres, y ni siquiera en las batallas sabían prescindir de aquellos inútiles adornos. ⁽⁹⁾ En los escritores de la Edad Media se leen sorprendentes cosas acerca de los vestidos de cola ⁽¹⁰⁾ con que en el siglo XIII las mujeres de París, á despecho de los moralistas y á expensas de sus maridos, barrían las mal conservadas y nada lujosas calles de la capital; pero es probable que su traje fuese mucho más modesto que las mangas de cinco metros de largo ⁽¹¹⁾ que en sus vestidos usaban los gigantes normandos, y que los valientes vikings sólo arrolladas al brazo podían llevar cuando andaban. ⁽¹²⁾

(1) Plutarco, *Is. et Osir.*, 3. Lucian., *Demonax.* (37) 13. Aul. Gel., 9, 2.

(2) Silio Itálic., 5, 132-134. Tácito, *Germ.*, 38. Séneca, *Ira*, 3, 26. Forbiger, *Alte Geographie*, III, 339 f.

(3) Juv., 6, 120, 502. Statius, *Sylv.*, 1, 2, 114. Marcial, 14, 50. Valer. Max., 2, 1, 5. Tertull., *Cult. fem.*, 2, 6, 7. Becker-Rein, *Gallus*, (2) III, 150-153.

(4) Peraldo, *Summa*, 2, 6, 3, 14 (Venec., 1571, II, 380 y sig.). Lecoy de la Marche, *La Société au XIIIe siècle*, 213.

(5) Calindrum, caliandrum (Horac., *Sat.*, 1, 8, 48. Arnob., 6, 26); gale-riculum (us) (Sueton., *Othon*, 12, Marcial, *Ep.*, 14, 50).

(6) Cicerón, *Off.*, 2, 7, 25. Valer. Máx., 9, 13, 3 (notæ Threiceí).

(7) Strabón, 7, 5, 4. Herodot., 5, 6. Becker-Hermann, *Charikles*, (2) I, 297-300.

(8) César, *Bell. Gall.*, 5, 14. Mela, 3, 6. Forbiger, *Alte Geogr.*, III, 273.

(9) Diodor., 5, 27, 3.

(10) Livius, 7, 10.

(11) Peraldo, *l. c.*, II, 376, 381. Lecoy de la Marche, *loc. cit.*

(12) Weinhold, *Altnordisches Leben*, 171.

Strabón, que como buen griego llevaba la cabeza descubierta, encuentra bárbara é insensata ⁽¹⁾ la costumbre de las damas españolas, que creían ser más bellas si llevaban en su cabeza un adorno semejante á los modernos sombreros de copa. ¡Cuánto se admiraría el buen hombre si viese á nuestros civilizados señores, cuando no tienen la dicha de poder ostentar el uniforme, pavonearse satisfechos de sí mismos, pretendiendo como Saúl descollar entre la muchedumbre, con el mismo adorno, tan sublime en su sencillez!

2. La historia de la moda como prueba de su caída.

—No nos detendremos mucho en esta cuestión, porque nos haría tratar de cosas fútiles é inconvenientes, por no calificarlas peor. Sin embargo, la historia de la moral no puede eximirse de dar una explicación acerca de esta enfermedad.

Decimos, de propósito, historia de la moral y no de la civilización, para evitar equívocos. Consideramos la moda y muchas otras cosas semejantes, como medios por los que se puede sin duda juzgar á los hombres, pero que no se relacionan con la historia de la civilización. Si solamente un Calígula, ⁽²⁾ un Otón, ⁽³⁾ un Federico II y un Voltaire hubieran sentido la necesidad de embellecer su persona con una cola ó una peluca; si únicamente en tiempos corrompidos por una civilización en extremo refinada, la clase noble se hubiera dejado imponer la moda por una Teodora ó una Pompadour, sería perdonable que se sirviesen de la materia aquí tratada para juzgar la civilización. Pero esas costumbres no son exclusivas de las clases y de las épocas civilizadas, pues los extravagantes adornos de la cabeza entre los bárbaros celtas ⁽⁴⁾ y los papúas antropófagos, ó entre los temibles zulús de Cafrería, ⁽⁵⁾ en nada ceden como invenciones al peinado de la Du Barry.

(1) Strabón, 3, 4, 17.

(2) Sueton., *Calig.*, 11.

(3) Id., *Otho*, 12.

(4) Diodor., 5, 28, 2.

(5) Kœrner, *Südafrika*, (2) 182.

Entre los latukas del centro de África, los hombres llevan el cuidado de los cabellos á un grado tal, que necesitan ocho ó diez años para terminar su peinado. ⁽¹⁾ ¿No basta eso para llenar de confusión á nuestras damas? Pero tal vez estén en el mismo caso los historiadores de la civilización, que no han querido convencerse nunca de que el asunto por ellos tratado es muy diferente del refinamiento de costumbres exteriores. En esta cuestión, los antiguos tenían más perspicacia que nosotros. Por muy inferiores que los griegos considerasen á los inhumanos scitas, admitían desde luego que no tenían rivales como cocineros ni les aventajaba pueblo alguno en el gusto y perfección de los adornos en sus trajes. ⁽²⁾ Los antiguos, pues, habían comprendido perfectamente que tales invenciones ninguna relación tienen con la civilización verdadera. En esto debemos hacerles plena justicia y creer que tenían de la civilización un concepto superior al de nuestros doctos, que admiten como criterio para juzgarla el uso del jabón y de los perfumes, y consideran como más instruído á quien sabe comer del modo más científico.

Por consiguiente, el lujo no demuestra la civilización, sino más bien la moralidad de una época. Sin duda no están en lo cierto quienes en él no vean más que caprichos y defectos personales; no pretendemos negar que con frecuencia se ostenta aquí la vanidad humana. En la Edad Media, las señoras de Polonia se ponían tan numerosas joyas, que no podían moverse sin el auxilio de sus criados; ⁽³⁾ á la reina Isabel, de triste memoria, le era difícil pasar por las puertas de su palacio; tan alto era su peinado; ⁽⁴⁾ el visir Sahib Ibn Abbad no tenía menos de 28.000 turbantes para su uso personal. ⁽⁵⁾ Tales cosas sólo pueden explicarse por la más insensata vanagloria.

(1) Baker-Martín, *Albert Nyanza*, (3) 146.

(2) Clearco Sol., *Vit. fragm.*, 8 (Müller, *Hist. Græc.*, II, 306). Neumann, *Die Hellenen in Skythenlande*, I, 295.

(3) Wachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, II, 397.

(4) *Ibid.*, IV, 277.

(5) Kremer, *Culturgeschichte des Orients*, II, 223.

Pero nadie puede negar que aun caracteres nobles se muestran á menudo muy débiles desde este punto de vista. Debemos también admitir que muchos obedecen suspirando y contra su gusto á las consideraciones que les merece el público, y de las cuales querrían prescindir, si posible fuese. Quien se niegue á admitir el principio fundamental en que está cimentada la doctrina cristiana de la humanidad; quien no admita que los defectos individuales no son frecuentemente más que defectos de la generalidad, y que ésta vale menos que muchos de sus individuos, y hasta que la mayor parte de sus miembros, sólo necesita estudiar la historia de la moda.

Según esto, fácil es de comprender que no basta referirse á la vanidad personal, á la sensualidad, al refinado arte de seducción para explicarse todo eso. Necesitamos buscar mejor solución al problema, y únicamente el estado moral de la humanidad puede dárnosla.

El hombre sabe que no es como debería ser; no puede dejarse ver tal como es en realidad; moriría de vergüenza. Necesita envolverse en algo que oculte al público su verdadera naturaleza, y tiene que procurarse adornos para tener, á lo menos exteriormente, ante las gentes ciertas perfecciones que le faltan.

La historia del traje y de las modas es la explícita confesión de esta verdad. Mientras que los romanos tuvieron conciencia de su poder, desde el Scipión Africano más antiguo hasta Adriano, con quien comienza la completa decadencia del Imperio, se hacían afeitar. Desde esta época, juzgaron necesario ocultar la falta de valor y de fuerza detrás de un muro de barbas. ⁽¹⁾ Lo mismo sucedió en la Edad Media. Cuando estaba en todo su auge el espíritu caballeresco, nadie gastaba barba; ⁽²⁾ pero en tiempo de Federico II, precipitándose ya el Imperio á su ruina, las barbas se pusieron de moda. En el siglo XIV se generalizaron, lo

(1) Vid. Becker-Rein, *Gallus*, (2) III, 135-137. Pauly, *Real-Encyclopædie*, I, 2263-2265.

(2) Br. Werner, 3, 1 (Hagen, *Minnesinger*, III, 17).

mismo en Alemania, ⁽²⁾ que en Francia. ⁽¹⁾ Es una señal característica. La conciencia del propio valer desdeña toda especie de máscaras; el sentimiento de la propia belleza no necesita de adornos. ⁽³⁾ Entre todas las jóvenes que fueron presentadas al rey de Persia como aspirantes al trono, únicamente Esther desdeñó las galas: confiaba en su natural belleza para agradar al rey. ⁽⁴⁾ Todas las demás comprendían que necesitaban adornos. Solamente de ese modo podemos explicarnos la tendencia de toda la especie humana á embellecerse artificialmente; el estado natural en que ahora se encuentra, la avergüenza; no le parece ni honroso ni conveniente.

3. El sentimiento del pudor es un resto de la vestidura de inocencia.—Nadie, por lo tanto, se atreve á mostrarse tal como es, sintiéndose incapaz de resistir á la vergüenza que le produciría. El pudor debe ser considerado como grato sagrado recuerdo de nuestra naturaleza, en otro tiempo mejor. Es una prueba de que estamos corrompidos, y de que no lo estamos completamente; ⁽⁵⁾ es una herencia que nos ha legado aquella hora funesta en que nuestros antepasados cogieron hojas de higuera para cubrir su desnudez. Quien es tal como debe ser no necesita avergonzarse. ⁽⁶⁾ La vergüenza que experimentamos es por lo tanto una prueba de nuestra culpabilidad y un castigo del pecado; ⁽⁷⁾ pero es también una razón para creer que no estamos perdidos sin remedio. Quien no sepa ya avergonzarse se ha convertido en un animal ó en un diablo, se despojó del resto de naturaleza que hemos heredado de nuestros primeros padres, renunció á la esperanza que les acompañó en el destierro al salir del paraíso.

(1) Gœzinger, *Real-Lexikon der deutschen Alterthümer*, (2) 51.

(2) Cheruel, *Dict. hist. de la France*, (6) I, 85.

(3) Isidor., *Pelusiota*, 2, *Ep.*, 53.

(4) Esther, 2, 15.

(5) Sto. Tomás, 2, 2, q. 144, a. 4, ad 1.

(6) Aristót., *Eth.*, 4, 9 (15).

(7) S. Agustín, *De nuptiis et concupisc.*, 2, 13, 26. Sto. Tomás, 1, q. 95, a. 3; 2, 2, q. 144, a. 4.

La humanidad rara vez sabe apreciar el sagrado bien que posee en el sentimiento de pudor. Sin duda en su forma actual es un castigo por el pecado, pero es un castigo honroso. No habría existido en el estado de inocencia; pero se hizo laudable en el de pecado, ⁽¹⁾ porque es una confesión de que éste profanó la santidad primitiva y la ingenua inocencia del paraíso; es el último resto de aquella magnífica vestidura que casi habrían podido envidiar al hombre los espíritus celestes. Sin duda las perlas de que estaba adornada y su pureza sin mancha se perdieron; pero, no obstante, lo poco que de las antiguas galas hemos salvado es todavía un trozo protector. Por eso el delicado sentimiento del pudor es propio especialmente del sexo femenino y de la juventud, ⁽²⁾ que tienen más necesidad de protección por ser más débiles.

En tanto, pues, que alguien conserve ese resto sagrado de nuestra naturaleza primitivamente incorrupta, esa herencia del paraíso, hay una claridad de bien que permite esperar y facilita un mejoramiento, aun en estado de más profunda decadencia. ⁽³⁾ Por eso, observando los procedimientos de la época, en que todo desde muy temprano conspira contra el pudor de la juventud, podemos creer que los hombres no saben qué inestimable joya poseen en ese sentimiento; de no ser así, le estimarían más y le cuidarían como á la propia vida.

4. Corrupción del sentimiento de pudor engañando á los demás y á nosotros mismos acerca de nuestra verdadera situación.—Sin embargo, ¿qué no profana el hombre? Se diría que no puede dispensarse de abusar, para su ruina, de lo mejor que hay en él, destruyendo así la última tabla de salvación en el naufragio. El sentimiento de pudor le evitaría la confusión ante sus semejantes; Dios, en cuya presencia está avergonzado, se lo dejó como salvaguardia de su honor ante sus prójimos; pero con eso,

(1) Greg. Mag., *In Ezechiel*, l. 10, 17.

(2) Sto. Tomás, *In 1 Timoth.*, c. 2, lect. 2.

(3) *Ibid.*, *In Ps.*, 6, 11.

en modo alguno quería darle motivo para atribuirse honores que no merece, ni hacer que pareciese mejor de lo que es en realidad, para engañar á los demás con apariencias de un bien que no tiene. Dios á nadie impuso la penitencia de manifestar sus defectos ante todos; cada cual tiene el derecho de ocultar sus llagas á miradas indiscretas; pero nunca será justo atribuirse cualidades personales destinadas á hacer que los demás formen de nosotros una opinión superior á la que en efecto merecemos. ⁽¹⁾

¿No tendríamos que escribir una historia completa de la vida social, si pretendiéramos probar cuántas veces el sentimiento de vergüenza que el hombre experimenta por su situación le induce á mentir? Nuestras fórmulas de cortesía ¿son otra cosa que tentativas de provocar una impresión favorable, á lo menos en la vida pública y en las relaciones con los extraños? ¿No se considera la palabra como un medio para disfrazar los pensamientos? ¿No hay muchos en quienes ese don maravilloso parece no tener otro objeto que hacer caer á los demás en error? Anté ese abuso, el engañar á los otros con los adornos y el traje, es de secundaria importancia; pero poco importa, es una falta, y no el último de los vanos artificios con que el hombre procura ocultar la vergüenza que siente por el estado en que verdaderamente se encuentra.

Pero no sólo ante los extraños sufre vergüenza, sino también ante sí mismo. Casi nadie tiene la seria voluntad, ó por lo menos el valor, de juzgarse tal como es. ¿Por qué, pues, el hombre huye de sí mismo con tanta precipitación? ¿Por qué evita el principio del propio conocimiento, la fuente de pensamientos, si no siempre elevados, por lo menos siempre verdaderos, la soledad? ¿Por qué se hizo hoy una enfermedad contagiosa el ahogar en las bebidas embriagadoras y en los perfumes narcóticos cada minuto que se pasa solo ó en una sociedad, donde pocas ocupaciones se ofrecen al espíritu? ¿Por qué, sino para adormecerlo y

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 111, a. 1, ad 4; q. 68, a. 3 ad 2.

evitar que eche alguna vez por casualidad una mirada á su interior, aunque sólo fuese por tedio?

De esa manera el mundo se convirtió en un laberinto de ilusiones, que cuidadosamente buscamos. No son únicamente los niños, sino los adultos también quienes gustan de vivir en la región de las fábulas y de las leyendas. La muchedumbre desea ese aluvión de versos y de novelas, que constituye una verdadera inundación, no por afición al arte, sino por tendencia morbosa al olvido de sí mismo. Sabido es que tienen pocas probabilidades de buen éxito las producciones verdaderamente importantes de la literatura seria, cuando fácilmente la alcanzan las frívolas. É insustanciales; pero es natural que agrade más entretejer el tiempo con las obras literarias que, á modo de narcóticos, favorecen más los sueños y el huir de nosotros mismos; engañado el corazón, acaba por vivir en un ambiente encantado. Puede eso decirse de todos sin distinción. El padre se ríe del niño que quiere abandonar la patria, para buscar los tesoros que el dragón custodia en la montaña; pero él mismo á su vez experimenta en su interior esas ilusiones infantiles cuando cree hacerse honrado y virtuoso á sus ojos y á los del prójimo sólo con buenas palabras. ¿No procedemos nosotros ante Dios, que, sin embargo, conoce á fondo los corazones, con una tranquilidad que no tendríamos, si no nos engañáramos acerca de nuestra verdadera situación, y si no creyéramos que Dios nos juzga tal como querríamos ser juzgados?

5. ¿De dónde procede la dificultad de conocerse á sí mismos?—De ahí nace la repugnancia que tenemos á todo principio de enmienda, es decir, al conocimiento de nuestro espíritu. Siempre dispuestos á cambiar, no tenemos patria en ninguna parte, y, sin embargo, en todas estamos y nunca en nosotros mismos. ⁽²⁾ No comprendemos que es una vergüenza hablar de tantas cosas y no conocernos; pero sabemos que esto último es indispensable, si queremos llegar á ser mejores. Hasta los maestros paga-

(1) Marco Aurelio, 2, 13.